

Dar la espalda  
(Witoldo y Winz)



Jordi Bonells

*Dar la espalda*  
(*Witoldo y Winz*)

Alianza Editorial



El X Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones  
está patrocinado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Nadia Consolani, Amaya Zulueta, Mariano Antolín Rato,  
Camilo José Cela Conde, Horacio Vázquez-Rial, Ramón Buenaventura,  
Miguel Naveros, Juana Salabert, Joaquín Pérez Azaústre y Valeria Ciompi  
otorgó a *Dar la espalda* el X Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones

Diseño de cubierta: Ángel Uriarte  
Ilustración: René Magritte, *La reproduction interdite*, 1937.  
Museum Boymans van Beuningen. © 2006.  
BI, ADAGP, París/Scala, Florence

*Reservados todos los derechos.  
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra  
literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución  
artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través  
de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

© Jordi Bonells, 2009  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 88 88  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-206-4920-7  
Depósito legal: M. 5.339-2009  
Impreso en Fernández Ciudad, S. A.  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A mi madre*



... alles ist weniger, als  
es ist,  
alles ist mehr.

(... todo es menos de  
lo que es,  
todo es más.)

PAUL CELAN, *Atemwende* (*Cambio de aliento*, 1967)





# *1*

Mi gato se llama Witoldo. No llega al año. El gato llegó con el nombre. Poco después de volver de Buenos Aires. En el mismo paquete, por decirlo de algún modo. Como si al aceptar tener un gato hubiera aceptado también el nombre y todo lo que va con el nombre. Con ese nombre: Witoldo.

Hacía cerca de cuatro años que no había vuelto a Buenos Aires. Después de haber vivido allí de febrero de 1998 a mayo de 2002. Cuatro años sin meter los pies en un país es mucho tiempo y a la vez es muy poco. Muy poco para desprenderse de él. Uno no se puede sacudir de encima, así como así, a un país como la Argentina. Cuanto más lejos uno está de ella, más cerca uno la siente. Aproveché las vacaciones de verano para apaciguar mi nostalgia tanguera. O como se la quiera llamar. Nos fuimos los cinco: mi amor, sus dos hijos, Santiago y Nico-

lás, de diecinueve y dieciséis años respectivamente, y Joan, nuestro hijo de cinco. Familia numerosa. Nos da derecho incluso a una tarjeta de descuento en los transportes públicos. Menos 30 por 100 en la SNCF, los ferrocarriles franceses (vivimos en Marsella). Por desgracia, las compañías aéreas no tienen en cuenta nuestra contribución a la regeneración de la especie. Muy por encima de la media de los países occidentales: alrededor de 1,30 hijos por pareja (1,75 por trío de divorciados o de separados). Viajar a cinco es siempre una odisea. Quedarse a cinco durante dos meses en algún lugar también es una odisea.

El mismo día de nuestra llegada a Buenos Aires, un viernes, en el taxi que nos llevaba, pasadas las diez de la noche, del aeropuerto de Ezeiza al departamento que nuestra amiga Lía nos había procurado en La Recoleta, Joan me suelta medio dormido: «Quiero un gato, papá». Fue casi un susurro. El taxi estaba ya en General Paz, el cinturón de ronda de Buenos Aires. Nos acercábamos a nuestro destino. Comenzábamos a relajarnos. A aflojarnos. Sentíamos cómo la emoción del retorno nos embargaba poco a poco. A todos menos a mi hijo de cinco años. La excitación del reencuentro. Saboreábamos lo que yo consideraba como una vuelta a casa. Mi amor todavía más. Aunque nacida en París, había vivido en Buenos Aires toda su vida adulta. Unos veinte años. Y antes, de niña y adolescente, en Colombia, Venezuela, Chile. Cuatro años

aquí... cinco allá... Y en ésas, nuestro hijo me suelta de sopetón que quiere un gato. Por qué, bruscamente, a las tantas de la noche, un niño de cinco años decide reclamar un gato después de un tocazo de horas de vuelo... Cuáles son sus razones secretas... En caso de que existan. No existen. No hay razón alguna. Es así. No hay que darle más vueltas. Le dio por ahí. Un ataque gatuno. De improviso. De improviso para nosotros, no para él. Para un niño la noción de improviso no existe. Existe sólo la noción de «gato». Y de «quiero». Y de «papá». Eso espero.

A la mañana siguiente, a pesar del cansancio y de cierta lasitud, o quizá debido a ellos, me despierto pronto y me voy a hacer un *footing*. Quiero comenzar mi estancia con buen pie. Olvidarme del *jet lag* lo más pronto posible. Hacer como si no existiera. Además, me tengo que entrenar para la maratón de Berlín a finales de septiembre. El último domingo de septiembre. Tengo que entrenar el cuerpo. Y, sobre todo, el alma: entrenar la fuerza de voluntad no cediendo a la pereza, a esa vocecita que sale de uno no sabe dónde y que te dice: «déjalo para mañana... acabas de llegar... apenas has dormido... y mal... date un día de descanso...».

Me voy andando desde Ayacucho, junto a Las Heras, hasta plaza Francia, y una vez allí, al llegar al café La Biella, me pongo a correr, sigo la bajada que cruza en bies el parque donde comienzan a instalarse ya los vendedores

del mercadillo que cada fin de semana se apoderan del pequeño promontorio de La Recoleta, llego a Libertador, atravieso por el paso peatonal que lleva al edificio mussoliniano del Museo Nacional de Bellas Artes, doy la vuelta por detrás, sigo por Alcorta hasta donde se acaba el parque, en la otra punta, vuelvo hacia el Museo, otra vez por Libertador saltando de cuando en cuando por encima de las raíces de los jacarandás y de las tipas que revientan impertérritas y obstinadas el pavimento. En total unos 1.650 metros, por lo que rezan las indicaciones con pintura blanca medio borradas de la vereda. La ciudad está desierta. Me cruzo con algún que otro *jogger*, que como yo entrena el alma, y con algún noctámbulo borracho que no entrena nada. Doy cinco vueltas. No está mal para empezar. Luego, hago algunas flexiones y algunos estiramientos en el jardincillo junto al Museo. Temperatura ideal para correr: 14 grados a las siete de la mañana. Como si fuera primavera. Es invierno, uno de los primeros días de invierno.

Él está ahí. Sentado en uno de los bancos, con las piernas estiradas, los pies cruzados, el brazo izquierdo en el respaldo del banco, un cigarrillo en la mano derecha y una enorme bolsa de arpillera llena a rebosar por el suelo. Alrededor de cuarenta años. Un cartonero. Un cartonero descansando después de haber trabajado durante toda la noche recogiendo basura, restos, desperdicios, husmean-

do en los contenedores de los barrios conchetos de la ciudad, conociendo sus secretos. Al principio no le presto demasiada atención. La imagen del cartonero debe de quedarse grabada en algún rincón de mi cerebro. En el rincón de la indiferencia de un habitante del primer mundo. A mi cerebro le cuesta digerir la información. ¡Hay que comprenderlo, pobre! Quince horas de vuelo en clase económica, más la escala de tres horas en Madrid con atraso incluido —cuando uno vuela con Iberia el atraso está más que garantizado— y nueve kilómetros de *footing*, no son para menos. Sin contar lo del gato. Tardan, pero reaccionan. Me refiero a las neuronas de mi cerebro. Después de los estiramientos, en medio de una serie de abdominales, se abre la ventanita. Y por ella entra la luz. La mónada deja de ser una mónada como Leibniz manda para convertirse en un coladero. Las sinapsis se desesperan. A ese tipo lo conozco. No sé de qué, pero lo conozco, me digo, interrumpiendo la serie. Sí, hay algo en él... Me levanto bruscamente, hago como que husmeo el aire para hacer ver que hago algo —él, a pocos metros, ni se inmuta, indiferente a mi gimnasia, a mis resoplidos—, lo miro de refilón. No hay duda... aunque no se le parezca en nada, bueno en nada no, se le parece en todo sin parecersele, los labios son los suyos, los mismos labios llenos de desdén por los demás y por el mundo, de desdén por todo lo que no es él, por todo lo que no es su yo, el mismo gesto altivo, los párpados, como siempre, casi cerra-